

# UN ATAQUE DE TORPEDEROS

Por  
PIERRE CHILI  
De "Mar y Tierra Nuestra"  
1935



EL GUARDIAMARINA Carrillo tenía 17 años de edad y contaba con siete meses de servicio a flote.

Si su aspecto exterior era pasable (peso pluma, barbilampino, gorra inclinada sobre una ceja), su comportamiento, en cambio, no era muy recomendable. Durante los breves siete meses de su vida a bordo, en su hoja de calificación tenía las siguientes anotaciones: un mes de arresto por quedarse sin permiso en tierra y llegar al amanecer en un bote fletero; dos meses de arresto por reincidente en la misma falta, con la agravante de contarle un cuento mal urdido, como disculpa a su comandante. Y varias horas de puente.

Era, sin duda, una mala esperanza; pero cuando su comandante lo llamaba a su presencia y con voz alterada y dura le prometía expulsarlo del servicio a la próxima falta, el carrabias se sonreía a través de sus espaldas.

"Todos llevamos escondido un Fausto bajo la corteza de los años viejos. ¡Quien tuviera la gloriosa edad y el entusiasmo por vivir de este zascandil desvergonzado y simpático!". Y el comandante, nostálgico, se quedaba meditando

en sus tiempos mozos, mientras que en un libro confidencial de tapas verdes anotaba la última falta del guardiamarina Carrillo.

Con rumbo desconocido zarpo en la tarde de aquel día la escuadrilla de torpederos. Horas después, al oscurecer, la escuadra de acorazados y cruceros abandonó el puerto con sus luces apagadas. Esa noche habrá ejercicios de ataque de torpederos.

Es un ejercicio emocionante. En medio de una densa obscuridad sigilosamente marchan los acorazados, recelosos, como medrosos caminantes en una encrucijada peligrosa, en la que muchos encontrarán antes la muerte.

El torpedo es el arma de la audacia, de la astucia y de la sorpresa, punal que hiere mortalmente tras las espaldas cuando menos se piensa. Como serpientes se arrastran los torpedos por el agua, invisibles casi; acechan a su presa, y una vez cercanos a ella, bravamente se lanzan en medio del nutrido fuego de los acorazados y de los nerviosos focos de luces que los persiguen. Avanzan siempre, sin miedo a los proyectiles que a sus alrededores levantan gigantescas trombas de agua; y si, sin ser heridos, logran llegar a un centenar de metros del acorazado, el pesado coloso, todo acero y coraza, potencia avasalla-

dora, puede darse por derrumbado por el pequeño y traidor barquichuelo que le hundirá su torpedo en pleno vientre sumergido.

Nada es más temible que un ataque de esta clase. El duelo de artillería entre acorazados ofrece cierta nobleza: son enemigos que de frente y a la luz del día se combaten; el ataque de un torpedero es el del asesino que silenciosamente escala de noche las ventanas.

Para hacer lo más reales posibles estos ejercicios, antiguamente los torpederos perseguían de noche a los acorazados, los cuales sobre ellos disparaban sus cañones con tiros a fuego. Si el torpedero llegaba a cierta distancia del acorazado sin que éste alcanzara a disparar un cierto número dado de tiros, el acorazado se daba por torpedeado y perdido.

A bordo del buque de Carrillo — o de Carrillito, como lo llamaban sus compañeros — se guardaba una vigilancia estricta.

Centenares de ojos escudriñaban el mar. Todas las luces hallábanse apagadas y el caminar por cubierta ofrecía dificultades entre las tinieblas impenetrables. Los cañones se encontraban con sus tripulantes al pie, prontos a romper el fuego al primer aviso. Los apuntadores, en los telescopios de sus alzas, débilmente alumbradas, hallábanse atentos.

Alza de noche, 2.500.

Los oficiales recostados sobre las torres, con sus anteojos y con pupilas encendidas recorrían todos los rincones del horizonte. De cuando en cuando, a una señal desde el puente, encendíanse los proyectores. Un pequeño silbar de la corriente al atravesar los carbones de la lámpara eléctrica, el potente foco, como un cono brillante y lechoso que salía de cada proyector, y varios brazos luminosos, cual fantásticos tentáculos de luz, iban lentamente de un lado a otro en rebusca del reptil temido, envolviendo al buque en una claridad deslumbrante. Instantes después, a una nueva señal, los proyectores se apagaban y proseguía el silencio de antes y la misma tensión agudamente nerviosa, mientras el buque continuaba rasgando con su espolón el agua con crepitaciones de seda que se despedaza.

La marcha de la escuadra duraba ya unas cuantas horas de incesantes zozobras. En el horizonte se vio ascender de pronto un chisporroteador volador que, dejando un reguero de luces en su trayectoria, se partió en lo alto con

una detonación, esparciendo varios globulillos blancos y rojos.

¡Los torpedos atacan!

Un escalofrío de ansiedad pasó por todos. El traicionero enemigo, arrastrándose en la obscuridad atacaba. Instantáneamente los focos de toda la escuadra iluminaron las aguas y agitadoamente trazaron grandes círculos de rebusca. Pero, inútilmente. Muy a lo lejos, viéronse algunas chispas que parecían salir como de las chimeneas de una locomotora desbocada. El torpedero huía tal vez. Entre las tinieblas buscaba amparo para caer de nuevo sobre su presa.

La telegrafía sin hilos funcionó y trajo un emocionante mensaje: el árbitro de los ejercicios daba por hundido a un crucero por uno de los torpederos.

El misterioso volador tuvo su explicación: era la señal convencional de un torpedo disparado.

Carrillito, a cargo de un cañón, hizo probar sus circuitos de fuego. Con voz apagada se le oyó decir:

— ¿Principal? Listo. Bueno — ¿Auxiliar? Listo. Bueno.

Carrillito se restregó las manos con satisfacción. Su cañón, el mejor cañón — según su decir— de toda la escuadra, hallábase, como siempre, en perfectas condiciones y listo para recibir con sus andanadas al primer torpedero.

Bastante lejos, uno de los buques encendió sus proyectores y luego se le vio envuelto en llamaradas rojizas. Un estruendo ensordecedor rompió el silencio tenebroso. Bajo las luces de los focos, atrevidamente avanzaba un manchón largo y disforme, a toda velocidad, arrojando gruesas bocanadas de llamas por sus bajas chimeneas.

¡Un torpedero por la aleta de estribor!

No medió un segundo. Los cañones de aquella banda rompieron inmediatamente el fuego.

¡Alza 2.300 !

¡Torpedero por la amura de babor !

¡Torpedero por la proa !

¡Torpedero por la popa !

¡Demonios ! ¡ Estamos cercados !

El buque se estremeció violentamente de popa a proa con sus disparos. A las brillantes luces de los proyectores se agregaba el rápido y fugaz resplandor de las llamas que brotaban de las bocas de los cañones y que coloreaban como

de sangre los rostros contraídos. El chasquido metálico de los cierres al cerrarse, semejaba un redoble descompasado. Tras el chasquido, el disparo, la conmoción súbita de los montajes, el retroceso de los cañones, el vivo resplandor rojizo, y los precipitados movimientos de los artilleros que introducían las cargas, sudorosos, con la ligereza de hombres poseídos de vértigo.

Pocas cosas hay más hermosas y teatrales que un ejercicio de esta especie. La ansiedad con que se rebusca al enemigo, los abanicos de luces que repentinamente surgen de la obscuridad, el choque nervioso que produce el descubrimiento de una de aquellas serpientes grises que se viene encima a toda velocidad con sus cabelleras erizadas de fuego, iluminadas por los focos, tal como los danzarines bajo las pantallas de luces de los teatros, mientras los espectadores permanecen en la penumbra, todo contribuye a la teatralidad, produciendo una perfecta impresión de batalla real, con sus sobresaltos, vehemencias y entusiasmos.

Los torpederos atacaban al acorazado, con furioso encarnizamiento, como una rabiosa jauría.

12.200... 2.100... 2.000!

¡ Fuego escalonado !

¡ 1.900 ! ¡ Fuego rapido !

El canon de Carrillo llevaba ya disparados ocho tiros; faltabanle doce para completar el numero de disparos necesarios.

— 11.800 ... 1.700 ... ¡ Fuego rapido !

— ¡ Fallo la carga !

El muchacho pateo la cubierta. Su canon, el mejor canon de la escuadra, fallaba en el momento mas apremiante.

— ¡ Probar los circuitos !

— ¡ Fallo la carga ! , repitio imperturbable el disciplinado jefe de culata.

— 1.600 ... 1.500 ...

— ¡ El torpedero se nos entra !

Carrillito vacilo.

— Un minuto mas y estamos hundidos.

— ¡ Fuego rapido !

— ¡ Fallo la carga !

El oficial de division se acerco al canon.

— ¿ Qué ocurre ?

El guardiamarina se vio perdido. Segun los reglamentos al fallar una carga, debe dejarse inactivo el canon por espacio de algunos minutos. Es una falla peligrosa. Si el cierre se abre a destiempo puede inflamarse la carga con el aire

que penetra y salir el disparo con la culata abierta.

— 1.200 ... 1.100 ...

— ¿ Qué le pasa a ese cañón ?

El guardiamarina, conocedor del gravísimo peligro, quiso mentir y afrontarlo antes que su cañón, el mejor cañón de la escuadra, permaneciera silencioso.

— ¡ Abrir el cierre ! ¡ Cambiar la carga ! grito

— ¡ Falló la carga ! , vocifero el jefe de culata, advirtiendo el peligro.

— ¡ Abrir el cierre ! , repitio Carrillo.

El cierre se abría ya... El oficial de división se abalanzó sobre la manivela.

— ¡ Cerrar ese cierre ! , ordenó precipitado y enérgico.

Fue tarde.

La carga se inflamó y una terrible explosión salió por la culata, esparciendo tras ella despedazados los trozos de acero del cierre. Se dejaron oír acentos angustiados.

El insensato muchacho abrazado a su cañón, al mejor cañón de la escuadra, sangrando, desvanecido, fuese resbalando lentamente hasta caer en cubierta, exclamando, olvidado de sus heridas :

— ¡ Que desgracia ! ¡ Se nos entro el torpedero !

Perdido el conocimiento, los camilleros lo recogieron junto con algunos artilleros heridos.

Pocos meses despues, las vctimas hallaronse salvas. Carrillito fue llevado ante un Consejo de Guerra.

Su exoneracion del servicio era segura. Deliberadamente hab a faltado a terminantes disposiciones y su imprudencia pudo tener fatales consecuencias.

Un jefe de la Armada tomo su defensa, quien dijo:

— Merece cuatro tiros... Pero yo os pregunto a vosotros, viejos servidores, que habeis hecho de la audacia vuestro culto: si este nino en tiempo de paz, con plena conciencia, desafio la muerte ¿de que sera capaz en un caso real de guerra?

El jurado fue clemente. Sin que constituyera un precedente se le condeno tan solo a seis meses preso, de los cuales dos pasar a encerrado en la torre de combate de su buque.

¡ Adios, aromada tierra !

Encerrado en su torre, por las troneras observaba con ansias a la ciudad, empavesada con millones de luces. Todas las tardes llegaba hasta su encierro el mayordomo del almirante con algunos regalillos.

— ¡ Que no sepa mi almirante ! le decía. Mientras tanto, a popa, en la artesonada

camara, el venerable viejo se sonre a con el engaño.

— Que se le cuide, decía.

Y era que sabía que, encerrado en la torre de combate, había un cachorrillo de héroe a quien precisaba cuidar para las horas de peligro en un futuro incierto.

